

# MEDIO ORIENTE: LA GUERRA ETERNA

Durante tres semanas A.R.P. recorrió en junio de 1969 Egipto, Jordania, Israel y Palestina, una región lacerada por una guerra que se inició en 1947 y parece no tener fin. No narra aquí las causas del conflicto ni la historia bélica, sino el drama de sus habitantes, las aldeas destruidas, la voluntad de sobrevivir.

A los 71 años, Ahmed ha descubierto que es irremediamente tozudo. Su esposa, hijos, nietos y vecinos se lo repiten hasta el cansancio: "Tozudo como una mula". La Policía y el Ejército se unieron al coro: "Todos juntos no pudieran convencerme" sonríe el acusado.

Sucede que en Ismailia, la ciudad egipcia donde vivía Ahmed con su familia, no queda un edificio entero: ubicada a tres kilómetros del Canal de Suez, ha sido constantemente bombardeada desde la Guerra de los Seis Días. La casa del anciano recibió un impacto directo: es un montón de ruinas, donde sólo queda en pie el marco de una puerta. Allí se instala, desde temprano, envuelto en una descolorida galabeia onleste —la bella túnica popular— que remata un turbante blanco. "Al caer las primeras bombas, corríamos a un refugio; Allí quisimos que nos salvaráramos. Otros no tuvieron tanta suerte."

Cuando se ordenó evacuar la ciudad, no hubo forma de hacerlo partir. Los escombros eran todavía su hogar; él los oídará hasta que la familia regrese. Ante esa voluntad, naufragaron las argucias, ruegos y amenazas que surtían efecto con otros reticentes. Entonces, el único remedio fue admirar al empecinado; Ahmed se transformó en un símbolo de la voluntad de Ismailia por renacer.

También en la ciudad israelí de Beit Shean abundan los viejos de ese temple. Importante concentración urbana cerca de la frontera con Jordania, la localidad atravesó el fuego de artillería y algunos cohetes Katiuska que envían los guerrilleros. Aunque imprecisos, los pequeños misiles tienen una terrible eficacia cuando atrapan un blanco: los restos de una sinagoga, en el perímetro de la ciudad, son ejemplo de esa contundencia.

Shimshom, 75, un judío marroquí de barbas que se resisten a encanecer y tremendos ojos negros, vive con su parentela a no más de 50 metros, calle por medio del solar. Reposando en una silla que huye del sol agobiante (50 grados), es la imagen de un patriarca bíblico, con el bastón entre las manos, sayo blanco y un sombrero hundido hasta las orejas. Shimshom no le saca la vista de encima a "su" templo.

"Fue una sola explosión, casi al amanecer cuando salimos no quedaba nada. Voy allí todos los días, pero Dios no dejó que muriera." La familia asiente en silencio; jamás interrumpirían al anciano que charla en un espinoso hebreo.

En los rostros de todos se transparenta la angustia de que, quizá la próxima vez, Katiuska los visite. No se les ocurre ponerse a salvo; aferrados a su tierra, prefieren escuchar cómo Shimshom planea reconstruir la sinagoga y dialogar, otra vez, con Jehová. Nadie osará defraudarlo.

Más patéticos son los proyectos de Amina, una matrona prematuramente envejecida y, al principio, casi hostil. La gente de Bacca no tiene muchas razo-



Primera Plana  
Paulista Aizenberg: Una flor.

nes para mostrarse amable y optimista: viven en el mayor campo de refugiados palestinos de Jordania. Cuando la confianza se abre paso, Amina es un torrente de palabras que conjugan obsesivamente un verbo: retornar.

"Mira la carpa: es un horno en verano y se congela cuando llega el invierno. Así estamos hace 20 años. Esta no es mi casa; yo soy de Palestina." En el rectangular atiborrado de ropas y cacharros, dos amigos están de pie: el marido y el hijo mayor son combatientes, fedayeen, un orgullo para la familia. "Dos verdaderos hombres que pelean por su tierra. Estos también lucharán, se lo aseguro." Los chicos que la rodean sonríen, ya sin timidez.

Ahmed, Shimshom y Amina están en guerra. Jamás lo creerían si se conocieran; tienen más de víctimas que de combatientes. Pero, aunque en Medio Oriente las distancias del odio y la violencia

son increíblemente cortas, lo más probable es que nunca se vean las caras. Es tan separados por una formidable maquinaria bélica, la Goyuntura Histórica y valla insalvable, un rencor que engruesca con cada muerto, cada casa destruida.

Es tan difícil deshacer semejante maraña, que se difunde en una resignación cruel: ante una paz inalcanzable, es mejor imaginar la derrota del adversario. Cada guerra, como las pestes, tiene su fisonomía: institucionalizada en todos los frentes, la Guerra Eterna gana ahora la conciencias. Este es sólo un pedazo, el peor, de su cara:

La estación central de ómnibus, en Tel Aviv, es un hervidero de gente. Al caer la tarde, Buena parte de la multitud está de uniforme: los soldados —chicos y muchachos— se pasean con la indolencia de quien no tiene apuro. El lugar ha sido blanco de algunos atentados y es estricto el control de la Policía y de la milicia. La vigilancia se multiplica en todos los lugares públicos: e cinematógrafos y teatros, se aburre en una silla: el centinela que revisa prolijamente bolsos y sospechosos.

Los jóvenes —militares o no— prefieren pasearse por la Dizengoff Street, un mezcla de Florida y Santa Fe, con masas en las veredas. Los pilotos son lo mejor acompañados: su prestigio, y de los Mirage somete a sus camaradas de otras armas a una competencia caudalosa. Hace quince días, el paseo fue bruscamente interrumpido por una explosión: 50 kilogramos de dinamita que albergaba un vehículo estacionado en Keren Kayehel, otra arteria elegante. Ocho heridos, una alfombra de vidrios, la angustiosa presencia de la guerra en lugares inesperados. No hay respiro.

Este clima evita ponerse melodramático al firmar una declaración que resalta al Gobierno de Israel de toda responsabilidad por "cualquier percance" durante una visita al Canal de Suez. Cargados de comida y agua, todo pare una alegre excursión en la noche: se algunas luces quebran la serenidad del camino. Incluso, el puesto que marca lindes con la Franja de Gaza, a 70 kilómetros del Tel Aviv, resulta inofensivo.

En el acantonamiento de control por el camino a Beer-sheva, la capital del desierto, el matiz es distinto; diez carpas de quis y tres jeeps artillados anuncian

(pasa a pág. 1)

(Viene de pág. 48)

presencia de la zona ocupada. Los soldados controlan una larga fila de taxis colectivos; rezongando, bajan los pasajeros árabes y exhiben su identificación. Uno de los jeeps custodia a los viajeros hasta el Canal; "es indispensable por los francotiradores", informa un comedido.

El paisaje casi no cambia; la tierra está escrupulosamente cultivada y dilata los mantos verdes sobre pequeñas elevaciones. Sólo las viviendas son más precarias: exhiben sus ladrillos sin revoque o están hechas de barro. Para las destruidas una explicación: "Ocultaban terroristas y se las dinamitó". A un costado de la ruta, grupos de árabes sentados sobre sus talones lanzan miradas hostiles a los vehículos militares.

Cruzando las vías del legendario Oriente Express, la arena comienza a ganar el horizonte. A los costados del camino se alinean los restos de los combates: centenares de camiones, morteros, cañones y antiáreas quemados por napalm o convertidos en un guijapo de chatarra por una bomba certera. Las serpenteantes orugas, desprendidas de los tanques, mancillan la tersura femenina de los médanos; sobre un blindado, alguien pintó con cal el número trece; para los judíos, una cifra que atrae la buena suerte.

Un enorme campamento domina las inmediaciones de Rapah, ciudad que controla un estratégico empalme de caminos. Los alambres de púa y torres de observación preceden a los 20 kilómetros de fortificaciones abandonadas que protegían a El Arish, junto con Abu Aweigihla la llave de las comunicaciones terrestres de la península. Emplazamientos de artillería, bunkers, largas trincheras en zig-zag con chapas acanaladas que tratan, inútilmente, de bloquear la arena. Un formidable dispositivo: la aviación israelí lo pulverizó como a los convoyes en retirada que atestaban las escasas rutas hacia el Canal.

El panorama de destrucción se prolonga durante toda la entrada a la ciudad de El Arish: una avenida lleva por los acribillados cuarteles militares, ahora escondite de los chicos que corrétean entre las paredes quebradas. Lo que antes fue un centro famoso por sus playas está sumergido en el pesado letargo de una ciudad ocupada; esa inmovilidad se acentúa en los barrios de refugiados palestinos, de casas cuadradas, bajas y terrosas, donde los soldados sólo se animan a entrar de día y en patrulla.

Como en Gaza, los atentados y manifestaciones de protesta son frecuentes. Más concluidores se muestran los propietarios del Restaurante de la Paz, en realidad una fonda cubierta de moscas, que atesora el placer de las bebidas frescas y comida caliente, sin pretensiones. Los chicos palestinos esperan ansiosos algún ómnibus para acosar a los viajeros con sus collares, golosinas y el cajón de lustrar zapatos.

Hermosos y lastimosamente pobres, los quejidos con que reclaman la piedad del comprador son suficientes para hacer odiar la guerra por el resto de la vida.

—Míster, déme una libra por el collar. Míster, tengo hambre.

No es un slogan para sensibleros. Aun en las mesas resulta imposible librarse

de la presencia acusadora de los chicos; sí, tienen hambre y reclaman comida a gritos, esquivando los coscorriones de los mozos que los quieren echar.

Otros comensales mastican en paz; pese a sus esfuerzos, un grupo de paracaidistas israelíes de la guarnición local no consigue atraer a los pequeños. Cuando llega el momento de partir, la pujanza comercial desaparece: saludan a las cajadas y hacen rebotar los collares contra los vidrios. Todavía saben jugar.

El sol replica como un yunque sobre el asfalto semicubierto de arena: todos los días hay que disputarle con barrederas el camino a un desierto implacable. A la izquierda, un conjunto de edificios descubre el gran campo de aviación de Bir Gifgafa. Un oficial israelí informa rápidamente: "Era uno de los puntos claves de la fuerza aérea egipcia. No está abandonado. Ahora lo utilizamos nosotros, así que guarde su cámara. No pictures, please".

La advertencia se convierte en una norma rígida. Es el trayecto final antes del frente y comienzan a sucederse las

pel hasta el galpón de madera que sirve de comedor; una hillera impresionante de bocadillos, bananas y tazas de café desaparecen en las fauces de invitados y anfitriones. Oficiales y tropas comen juntos sin ceremonias; en el Ejército de Israel, las diferencias de grado sólo existen para dar y recibir órdenes.

Un capitán que no pasa los 30 años recita en hebreo la advertencia final antes de llegar al frente:

—Vamos a entrar en la zona peligrosa. Jamás se quiten el casco; si les pica la cabeza; mejor aguanten. Por favor señores, no pongan esas caras que esto no es una tragedia.

La broma disipa un poco los temores; pero recobran su pujanza no bien se trepan a los blindados que cubren los dos kilómetros finales hasta la zona del Canal en el sector de Timsah. Una banda de goma, sobre la red del casco, sujeta un paquete de vendas; no es muy tranquilizador el accesorio. Los vehículos arrancan y se detienen; cada frenada proyec-



Primera Plana

### En la línea Berlev: Aguantar la furia de 800 cañones.

guarniciones: carpas verdes alineadas en cuadro, barracas y el parque de artillería y blindados protegidos por lonas. Los núcleos no son grandes para reducir los efectos de un ataque aéreo y cubrir la mayor cantidad de terreno posible.

Sobre las dunas se mueven rápidamente algunos tanques, con sus antenas de radio inclinándose en cada irregularidad del terreno; parecen escarabajos que se cruzan, avanzan en fila, vuelven a dispersarse.

—Sí, claro que es difícil manejarlo. Pero adentro se está seguro.

Un tanquista robusto, de brazos increíblemente largos, palmea con cariño al mastodonte de acero. Su unidad está a pocos kilómetros de la línea de cese del fuego, pero parece despertar más excitación la presencia de los extranjeros. El viento agita las carpas, colma de arena las camas y arruina las armas automáticas que no se preservan en fundas acolchadas. Las mujeres soldados observan con interés; el uniforme, la vida militar en el desierto, no desgastan su encanto aunque les agrega años, como a todos los que padecen esta guerra.

Hay una especie de marcha en to-

ta invariablemente a los pasajeros neofitos contra un ángulo del blindaje o una caja de balas.

—¡Bajen la cabeza!

¿Cómo resistir la tentación de echar un vistazo? A toda la extensión de la mirada se alternan los alambres de púas, con terrenos minados y algunos edificios destrizados por las balas. Hacia la derecha, el Canal se abre el lago Timsah, aumentando la distancia entre las orillas; sobre las aguas intensamente azules reposa un enorme barco. Una ráfaga tejana refuerza las argumentaciones de los oficiales: las cabezas rozan el piso.

Luego de una curva prolongada, el vehículo toma un camino secundario y se interna por una hondonada que conduce a la famosa línea Berlev. Construida apresuradamente sobre el borde del Canal, las fortificaciones fueron bautizadas con el nombre del comandante en jefe israelí, Haim Berlev; sostienen las posiciones judías a todo lo largo del Canal. Además de las poderosas baterías y morteros, la línea despliega sus fortificaciones desde Bur Tawfiq, en el Golfo

de Suez, hasta el Mediterráneo. Son 138 kilómetros jalonados de bunkers, túneles y trincheras intercomunicadas. Las estructuras de concreto, reforzadas por los rieles del viejo ferrocarril del Sinaí, le dan una solidez capaz de soportar la furia de los ochocientos cañones que los egipcios alinean en la orilla opuesta y machacan sin cesar sobre el sistema defensivo. Aventurarse sin protección por los caminos exteriores equivale a un suicidio: los francotiradores árabes tienen una puntería excelente. El conductor, medio dormido y con una barba de tres días, lo confirma:

—Las bajas se producen invariablemente fuera de las fortificaciones; adentro estamos bien protegidos.

Semejante descripción apresura la llegada hasta uno de los fuertes. Un enorme foso es el centro que lleva a los distintos sectores, con las pequeñas entradas cubiertas por bolsas de arena; grandes promontorios cubren los bunkers. Los

zonte un amanecer fugaz, titilante. Las últimas semanas, los comandos egipcios cruzaron el Canal en varios puntos; este "ensayo general" de un ataque en vasta escala ha sido suficiente para mantener a todos en vigilia. "Esta no será otra línea Maginot", prometen los jefes militares judíos.

Un recinto protegido por grandes travesaños acoge a los soldados que devoran un menú casi argentino: bifes, papas fritas, ensalada de frutas, cerveza helada y agua con limón. Nadie habla de guerra, por supuesto. El teniente David Eisen ordena la búsqueda "del brasileño" para facilitar la comunicación; Salomón Aizenberg, un paulista de 24 años, dibuja una sonrisa permanente entre su barba pelirroja. Corre a buscar un obús egipcio abierto como una flor y lo exhibe, orgulloso, entre sus brazos.

—Cuando tiran con esto es un infierno. Pero la línea y nosotros aguantamos.

El crepitar de algunos disparos aislados de fusilería no disminuye el atrac-

tas, los cañones árabes y la actividad guerrillera se vuelcan hacia la zona nebrera, separada por el Jordán.

El kibutz es la clave del sistema defensivo y también el elemento dominante en el paisaje: fue en esta área donde judíos de Europa Oriental fundaron la primera colonia, en 1909. Desiertos y pantanos se han transformado desde entonces en campos prolijamente labrados que cruzan interminables hileras de árboles.

Semejante esplendor justifica el crecimiento de Beit Shean, 119 kilómetros al norte de Tel Aviv; humilde aldea árabe, en 1948 fue convertida por sobrevivientes del infierno nazi en la más importante ciudad de la zona. La artillería jordana y los cohetes golpean a Beit Shean hace dos años; en los monobloques rodeados de jardines se apilan sacos de arena que protegen las entradas de cada departamento contra las esquirlas y la onda expansiva de las bombas. Desde las terrazas y ventanas superiores, cuando se pone el sol abrumador, los vecinos que toman el fresco pueden con-



Primera Plana

Argentinos en el kibutz: Parece un picnic, pero no.



Primera Plana

Defensa civil en Beit Shean: Katiuska acecha.

túneles son estrechos, recubiertos de madera y se ensanchan para albergar aparatos electrónicos y las cuchetas donde duermen los soldados. En estos agujeros, cuatro muchachos —que miran desconfiados las cámaras fotográficas— deben soportar las barreras de artillería que tratan de quebrar la línea.

—No tenemos tiempo de sentirnos encerrados. Hay muchas cosas que hacer y las horas corren; acción es, justamente, lo que no falta aquí.

Un pasillo todavía más angosto conduce directamente hasta las penumbras de los bunkers; las angostas mirillas permiten observar, entre las ametralladoras, el paisaje opuesto. Contrastando con la arena que cubre la línea Berlev, los egipcios disponen de bosques nutridos y un verde que hace el panorama más atractivo. "Pueden esconder más fácil a los francotiradores", advierte uno de los soldados.

Aunque los disparos e incidentes son constantes, por la noche es cuando se inicia la etapa más tensa y activa; el resplandor de los obuses imita en el hori-

tivo de las defensas exteriores; desde allí se divisan las posiciones egipcias bastante parecidas a las israelíes. Pero la curiosidad implica un riesgo que desata los gritos alarmados del observador de trincheras aferrado a un periscopio. Un capitán acude de inmediato y prodiga el inevitable sermón; después, para disipar el reto, ubica con un ademán la vecina ciudad de Ismailia, en la otra orilla, a unos 5 kilómetros.

—Pienso estar allí dentro de quince días.

—Muy bien. Cuando llegue acuérdesese de mantener la cabeza baja. Aquí o allá es un ejercicio que ayuda a mantenerse sano.

"Al Sur del Mar de Galilea, la guerra comenzó después de la guerra." La frase es una muletilla en toda la zona que se extiende desde el también denominado Lago Tiberiades hasta los alrededores del río Yabis, la frontera con Jordania. Más abajo, hacia el Mar Muerto, los territorios ocupados por los israelíes. Ansiosos por no vulnerar a sus compatrio-

templar a Jordania, la fuente de sus sobresaltos y desdichas.

"Cada familia tiene un refugio asignado y hay también dónde protegerse en las plazas o el cine. No hay que preocuparse demasiado." El oficial de seguridad parece optimista: tiene 23 años y durante toda su vida —nació cerca de Jordán— la guerra ha sido un elemento tan cotidiano como el desayuno panagruélico que despachan los israelíes cada mañana.

Varias estaciones de agua han sido destruidas por los guerrilleros de Al Fatah que también plantan minas y disparan contra las patrullas. Sólo con infantería es difícil controlar estas operaciones; el Ejército rastrea a los comandos con aparatos electrónicos que han disminuido las infiltraciones. Esa es, al menos, la versión oficial.

Los ingenios no protegen, sin embargo, contra las andanadas; en el kibutz Maoz Hain, como en todos los fronterizos, los chicos de hasta 14 años duermen bajo tierra. A la entrada de la comunidad, una línea de trincheras se prolonga por los jardines; los tubos de ve-

tilación de algunos promontorios revela la presencia de abrigos de cemento.

El Gobierno se encarga de solventar estas construcciones, cuya financiación sería excesiva para la Comuna; cuando se da la alerta, los 450 habitantes se distribuyen en confortables subterráneos que disponen de aire acondicionado, cuchetas móviles y duchas. "El nuevo modelo tiene hasta televisión", se entusiasma Sarah, la maestra de kindergarten.

En el jardín, cinco pequeños, increíblemente rubios, se bañan desnudos en una pileta de lona; Sarah y sus ayudantes los siguen por todas partes. Las travessuras no importan: "En cuanto se da la alarma o escuchamos una explosión, tenemos que llevarlos al refugio sin perder un minuto". Junto a la puerta del baño infantil, un pasillo de gruesas paredes de concreto lleva hasta la escalera que desciende profundamente. Un doble portón, con sus intersticios revestidos de goma para evitar la entrada de gas, franquea el paso al recinto, amplio, fresco. Dibujos y colores disimulan las

paredes ásperas: "A veces nos despiertan los ruidos de las ametralladoras o una bomba. Los cohetes tienen 17 kilómetros de alcance y pasan por encima; hay tantas alertas que algunos no hacen mucho caso y siguen trabajando", detalla Jacobo Goldin, 18.

El rosarino Mario Garapol, 19, confiesa las dificultades del grupo con el hebreo. "Pero nosotros les damos cátedra de fútbol; aquí son bastante patadoras". No hay ningún descontento; la guerra sofoca la nostalgia por las familias, el país y los bifes. Ya han comenzado a bautizar los objetos que los rodean, una manía argentina: los cigarrillos son ahora No me olvides, "porque si los dejás de pitar se apagan".

Los muchachos también tienen su héroe: Jacob Nay, un checoslovaco que peleó en la Haganá; de aquellos tiempos conserva su apodo, Chek, y una herida en la pierna que lo hace renguear ligeramente. En lo alto de una elevación, varios edificios prolijamente rociados por las balas árabes albergan el teatro, la sala de reuniones y la administración.

Los observadores de la UN en la frontera siria entretienen sus ocios junto al lago; la seguridad es, sin embargo, algo frágil: a fines de junio, un obús dio muerte en la ribera a una turista norteamericana. El camino entre Beit Shean y Tiberias, junto a la frontera, está lo suficientemente expuesto a los snipers y morteros como para obligar a un rodeo. Dejando atrás el Monte de la Beatitud —los guías se apresuran a recitar que allí Jesús pronunció el Sermón de la Montaña y no muy lejos multiplicó los panes y los peces—, aparecen extrañas casillas de cemento. Pertenecen a otra guerra: los británicos las construyeron para hacer frente a la Francia de Vichy, que dominaba Siria.

El puente de Yakov es la puerta de la línea defensiva siria que se extiende en un frente de 50 kilómetros. Los bunkers, trincheras y las construcciones para albergar la artillería forman parte del paisaje durante los 24 kilómetros que deben recorrerse para llegar a la línea de cese de fuego. El acompañante insinúa, como al desgano, que tanta perfección no puede sino tener origen en el Estado Mayor Soviético.

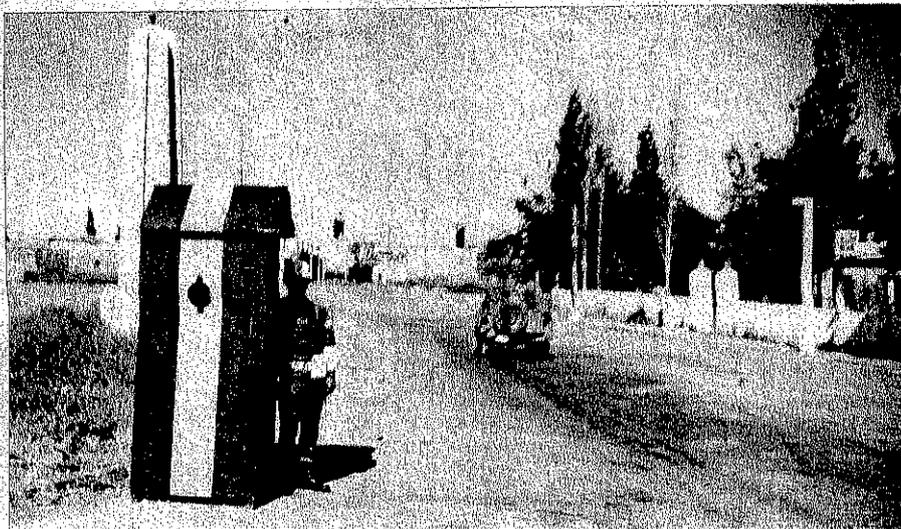
Como sea, el Ejército israelí jamás subestimó el poderío de los sirios. Por eso, la aviación allanó el camino; la lucha hubiera sido espantosamente cruenta sin ese auxilio. Todo está arrasado ahora: los bloques de concreto quebrados como papel; los puestos de comando, de laboriosa Ingeniería, calcinados por el napalm.

El terreno árido dificulta los cultivos y reduce a las pequeñas aldeas a una estrecha economía primaria. Golan es una tierra desolada; millares de pobladores abandonaron sus viviendas ante el avance judío. La ciudad principal, Kunitra, abre una con un silencio que sólo interrumpen los vehículos militares y algunas patrullas. Todo ha sido evacuado: casas, negocios y mezquitas están intactos, pero definitivamente vacíos. Desde las ventanas, las habitaciones parecen esperar; una mesa tendida con platos y cubiertos; las estanterías de los almacenes repletas de mercaderías.

La curiosidad está limitada por el rigor con que los ocupantes castigan el ingreso a los edificios; es la única manera de evitar el pillaje. En los suburbios, un barrio de oficiales sirios es ahora el nuevo kibutz Golan; Israel ha instalado nueve colonias en la zona. Ya circulan tractores por los campos de labradío. Los jóvenes de la comuna saben que la caravana de turistas es un buen negocio y regentan un bar —quiosco de souvenirs incluido—, el cinematógrafo y un moderno hotel con piscina.

Precaución indispensable para los visitantes: evitar las recorridas fuera de las rutas. Algunos entusiastas del picnic perdieron sus piernas o la vida en los campos de minas; todavía queda un millón de explosivos enterrados en las laderas. Los equipos de detección trabajan día y noche, pero no dan abasto.

Los recaudos se multiplican antes de la frontera; luego de un período de calma, la actividad bélica es intensa. La bandera israelí ondea sobre el puesto que marca el comienzo de la tierra de nadie; un páramo con pequeñas elevaciones donde se divisan cuatro edificios: es el comando sirio del área. "Adelante señores,



Primera Plana

Entrada a Kunitra: A la derecha el nuevo kibutz Golan.

paredes ásperas: "Se van acostumbrando. Tratamos de hacerles todo lo más alegre posible, pero es duro, para chicos que no tienen tres años, estar encerrados a 20 metros bajo tierra".

No muy lejos, en el kibutz Kefar Rupin, el desfile de soldados no se interrumpe; en una cabina telefónica, los militares hacen cola para comunicarse con sus hogares: los incidentes diarios obligan a tranquilizar a las familias. A 140 kilómetros de Tel Aviv, entre las montañas de Gilboa y el Jordán, éste es el punto más avanzado del frente; los trabajos de granja y agricultura se realizan con el fusil al hombro bajo protección militar. Por la noche, cuando operan los guerrilleros, una guardia reclutada entre los 500 pobladores custodia el perímetro de la colonia, rodeado por una alambrada.

"¡Por fin alguien que habla lunfardo!". Sara Waisman, una porteña, rubia, de 18 años, reúne a sus compatriotas: trece muchachos que llegaron hace cuatro meses y que deben quedarse —esa es la exigencia mínima— ocho meses más viviendo en el kibutz. Junto a una larga trinchera se llega al comedor; la agitación de los argentinos se contagia a to-

El Jordán serpentea a 100 metros; es un hermoso panorama para contemplar desde la moderna piscina donde los argentinos se bañan sin pensar en el peligro. "Tenemos que acostumbrarnos, como todos; es la única manera de vivir aquí." También los campesinos de la lindera aldea de Tabakat Fahil deberán resignarse; Chek explica:

—Hace poco, nuestra aviación lo bombardeó; los de Al Fatah tenían gente allí. Claro, es difícil distinguir si las bombas caen sobre Mohamed Ali o Alí Mohamed. La guerra es injusta pero no hay remedio.

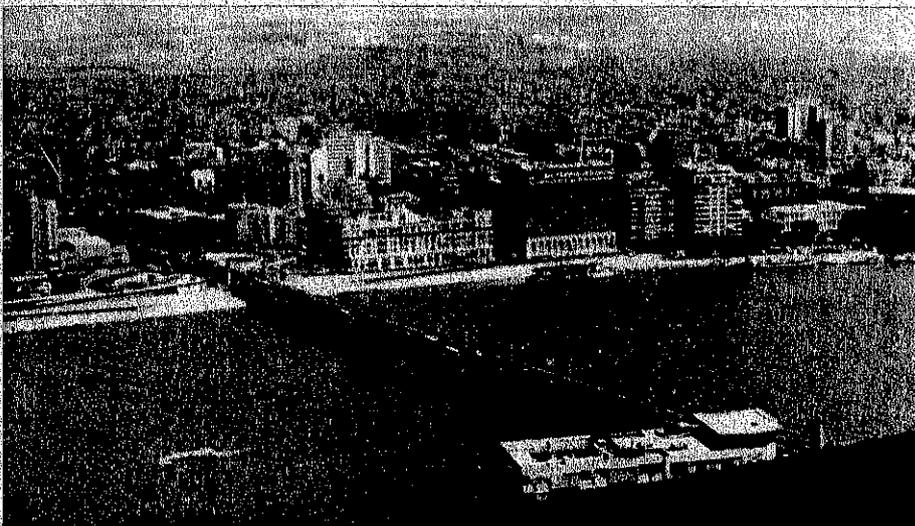
Las alturas de Golan fueron, durante años, una obsesión para los kibutz y poblaciones de la llanura vecina; los incidentes con Siria dejaban a los artilleros y francotiradores árabes en una excelente posición estratégica. Desde las colinas es fácil elegir un blanco y acribillarlos. Ahora están allí los judíos; el Mar de Galilea es un balneario mejor protegido, bordeado por restaurantes. En sus pequeñas playas circulan espectaculares bikinis y soldados exultantes.

pueden ir a tomar el té en Damasco", bromean los soldados. Nadie acepta la invitación.

En la ribera del Nilo, los sisiben florecen pujantes, con sus corolas rojas heridas por la extraordinaria luminosidad del cielo. El río, la vida en Egipto, corre manso y realmente verde cruzando El Cairo. Menos poéticas, también lo cruzan las redes submarinas que protegen los grandes puentes contra las minas flotantes.

La capital de la República Árabe Unida es una ciudad en guerra, o, por lo menos, preparada para la guerra. Los propietarios están obligados a construir parapetos frente a las entradas; todos los edificios públicos acumulan a su alrededor muros protectores y bolsas de arena donde se apostan soldados de casco y ametralladora.

En la sede del Ministerio de Información, donde funcionan la radio y la TV, cada piso tiene sus guardias que asoman los fusiles y rostros soñolientos



Primera Plana

Centro de El Cairo: A media luz, preparados para la guerra.

tras los sacos defensivos junto a las escaleras y el ascensor.

Los tesoros arqueológicos del Museo han sido retirados de los salones por temor a un ataque aéreo; hay que adoptar extrañas posturas para absolver las piezas a través de los vidrios cruzados por tiras de papel. Una observación minuciosa equivale a una torticolis.

Los refugios colectivos, erizados de tubos de ventilación, ocupan el centro de la plaza El Tahrir en pleno centro de la ciudad; resultarán pequeños cuando suene la descornal sirena vecina, que abre su boca sobre la terraza del edificio central del Gobierno. Por la noche, la iluminación se reduce a lo indispensable; una suerte de oscurecimiento por la mitad que no confunde a un piloto pero sí a los automovilistas con sus faros amortiguados por capas de pintura azul. Hasta los tranvías, maravillosamente viejos, cubren sus desvaidas luces. Cruzar la calle se convierte en un desafío al destino, otra especialidad local.

Tantas precauciones tienen, además de razones militares, el objetivo psicológico de hacer tomar conciencia a la población sobre la presencia del enemigo

junto al Canal; sus aviones pueden llegar en pocos minutos. Algunas mañanas, el sordo retumbar de los cañones, en un ejercicio de artillería, o el pasaje de las escuadrillas que marchan al frente, convencen a más escépticos que los simulacros antiaéreos.

Los suburbios se han convertido en un inmenso cuartel atestado de uniformes amarillos; en las calles, los transportes de tanques y las hileras de cañones se mezclan con el tránsito. ¿Quién puede dudar de que hay guerra?

También la ruta hacia el frente, en la zona de Ismailia, es una caravana de pertrechos y tropas; durante 190 kilómetros se bordea el canal de riego donde las mujeres casadas lavan, rigurosamente vestidas de negro; el color que las distingue. Algunos botes de goma ensayan el cruce: los soldados son bisoños, están cargados con el equipo de guerra y reman a destiempo. No muy lejos, una compañía de veteranos los avergüenza con su destreza: bogan rítmicamente y desembarcan como un ciclón, animándose con gritos.

de las grandes ciudades, castigadas, la artillería, que debieron evacuarse, otras: Port Said, 250.000 habitantes Suez, un millón. Los refugiados marcharon hacia El Cairo noche y día, carga lo que podían; la capital egipcia vio crecer su población hasta los cinco mil de personas.

"Teníamos 220 mil habitantes; dan ahora sólo los que atienden los vicios públicos, bomberos, policías y milicia popular", detalla Mohamed Din Ebeed, secretario general de la bernación. Las fábricas han sido transportadas hacia otros sectores junto toda la maquinaria que ya no presta servicio. "No han respetado nada: niquitas, hospitales, colegios. Todos ron bombardeados."

En total, 500 muertos y centenares heridos. "Puede ver las fotos: algu quemados por el napalm, otros tuvie que ser atendidos en el suelo porque hospitales desbordaban."

El funcionario tiene preocupación menos trágicas con los 14 barcos tranjeros a los que sorprendió la guerra en canales interiores. Cada seis meses reemplaza a las tripulaciones, que reciben salarios magníficos. "Es un trabajo bastante aburrido, así que les organizamos algunas excursiones para que nozcan el país".

Las calles están desiertas; como Kunitra, el silencio es atronador. Al nos policías se sobresaltan ante los tranjeros, pero después se muestran licos de oficiar como gulas. Todas casas recibieron su cuota de fuego: l manzanas donde sólo se mantienen apoyadas en estacas, unas endeblas redes. Por un altoparlante se escucha la plegaria del muezín, que adquiere una extraña resonancia en medio de tanta desolación. Únicamente la calle principal está animada: los soldados se pasan sin saber adónde ir y recalcan en los casos cafés, siempre repletos. Dos rderas ramadan la puerta; las cortinas han sido arrancadas por las explosiones y revueltas como serpentina.

La proximidad del Canal convirtió Ismailia en un centro turístico; e tiempos de gloria para el New Park Hotel que Emanuel Kapandidakis, dueño, evoca con nostalgia. "Hasta general Odd Bull, el jefe de las fuerzas de la UN, comía aquí con sus ayudantes después de la guerra. Un día se fue a terminar; a los 5 minutos caeron tres bombas y destrozaron todo. Con su familia en El Cairo, arruinado Emanuel no desespera: "Cuando tengamos paz, empezaré de nuevo".

—¿Cuándo fue el último bombardeo?

—Ayer a las cinco de la tarde. Es raro: en general disparan de noche hacia las cuatro de la madrugada.

Un camión aguatero distribuye raciones junto a la estación. El empleado Abdullah Nahaz, 32 años de servicio, se queja: "Está todo destruido, pero pasado aquí mi vida; yo también siento un soldado". De una cartera trae la foto de un tren achicharrado: "Primero una bomba, luego el napalm. 24 civiles murieron. Puede usted mismo contar los cadáveres".

Hacia la zona del Canal se escuchan ráfagas de ametralladoras y un cañón

que brama intermitente. "Con esta situación es imposible garantizar su seguridad." No hay forma de llegar. Los oficiales egipcios se apresuran a convocar al jefe de los observadores de las Naciones Unidas en el sector. El mayor Arne Thunelius es fanáticamente sueco; rubio, casi albino, ojos celestes, circunspeto y extremadamente cortés. Acompañó a Dag Hammarskjöld, en la misión en el Congo que le costó la vida.

Los observadores se apelotonan en puestos precarios, desguarnecidos: "Fui a El Cairo anoche a ver a mi familia; cuando volví, un balazo había atravesado mi cama. Los francotiradores no descansan y ustedes serían un buen blanco; desde lejos los periodistas son iguales a todo el mundo", bromea.

El Gobierno egipcio construye ahora nuevos refugios. "Es un buen paso adelante. Lo demás resulta difícil. Cada vez que se abre el fuego nos comunicamos con los puestos en el sector israelí y juntos tratamos de gestionar una tregua. Se demora muchísimo."

—En general, ¿quién empieza?

—Aquí se dispara todos los días desde los dos lados; es una guerra.

El mercado de Amman languidece: la capital jordana era, antes de la guerra, el paso obligado de los turistas que viajaban a Tierra Santa. Cuando los paracaidistas israelíes ocuparon la Ciudad Vieja, la corriente de dólares modificó su rumbo: pasa ahora por Tel Aviv.

Los comerciantes se lamentan, por supuesto, y bajan los precios; la crisis económica disminuyó también el poder de compra local y contribuye a la inactividad. Queda bastante tiempo que perder en un café con los amigos y fumar algunos de los *narguiles* que el mozo se apresura a bajar de las estanterías.

La entrada de parroquianos adolescentes, con uniformes verde oliva, atrae las miradas: los comandos palestinos se sientan junto a soldados jordanos y beben té en silencio. Por toda la ciudad se pasean los guerrilleros que observan las vidrieras sin muchas esperanzas: sus familiares son los destinatarios de la infima paga que reciben.

Salvo los grupos de militares en las calles, el aspecto de Amman soslaya la



Primera Plana

Emanuel Kapandidakis: De nuevo.

guerra: la pequeña capital sube y baja entre las colinas. Las gentes exhiben una extraña calma, con el frente a sólo 70 minutos de viaje.

El clima cambia en la carretera 24 al llegar a Suweileh; dos pequeños tanques apuntan sus cañones sobre la ruta bloqueada por barriles y alambres de púa. Los puestos se suceden hasta que, pasando la aldea de Salt, el camino recorre una continua línea de fortificaciones.

Para llegar al valle del Jordán es necesario trepar colinas bajas que sirven de excelente defensa natural: las alturas que dominan el camino están cuajadas de bunkers y piezas de artillería cuyas siluetas también se descubren en algunos pajonales. Los puentes de alguna relevancia acumulan a su alrededor cañones antiaéreos montados sobre vehículos; en los riachos helados que bajan hacia el valle, los soldados se lavan escrupulosamente. Buena parte de sus guarniciones están distribuidas en los centenares de cuevas que vulneran las laderas y algunas hondonadas convertidas en fuertes similares a los de línea Berlev.

Por una carretera secundaria, a siete kilómetros de la frontera, el valle del Jordán es una fiesta de luz, marrón y verde, con las montañas de Jerusalén

como telón de fondo. Resulta entonces más opresivo el espectáculo de la destrucción: Karame, o mejor dicho los esqueletos de Karame, son un monumento para los árabes. A principios de 1968 vivían allí 50 mil refugiados palestinos; según Israel, también era una base de operaciones guerrilleras.

Las escaramuzas obligaron a evacuar la ciudad y, el 27 de marzo, una fuerza expedicionaria hebrea —más de 10 mil hombres— apoyada por la aviación, arrasó con todo. "Los comandos pelearon bravamente; desde entonces, hasta los judíos nos respetan". Tiene 18 años, el pelo retinto, y sabe que la Argentina "es la patria del Che"; los combatientes surgen de pronto, con cara de pocos amigos. La charla que disuelve el hielo no basta para conocer los nombres; sólo que vivían en Karame y retornan cada tanto a visitarla.

El trabajo de demolición fue bastante prolijo: los escombros dominan el panorama manchado por el círculo negro del napalm; el clima —350 metros bajo el nivel del mar, 45 grados— sofoca menos que las imágenes de la ciudad aplastada. Algunas mujeres, con las cabezas cubiertas por pañuelos blancos, allan un terreno lindero; allí se levantará la nueva Karame —en árabe, dignidad— cuando llegue la paz.

En la aldea de Shuna puede saciarse la sed. Enclavada en el frente, las casas evacuadas muestran sus cicatrices. La soledad es sólo una apariencia: los guerrilleros no tardan en aparecer. Su curiosidad por los extranjeros desborda la consigna que tienen de comunicarse sólo a través de sus jefes. Muchachos muy jóvenes u hombres maduros, uno de ellos ya viejo; no hay transición. "Los otros han caído", dramatiza el oficial jordano. Los rostros están tensos por la vigilia de una noche agitada en toda la zona. El nombre de Ernesto Guevara replica constantemente; muchos guerrilleros lo eligen como apelativo y tienen que agregar otros para poder distinguirse. Corren a los vehículos y descargan sobre los invitados enormes panes y bebidas frías; acaban de comprarlos y un ademán por devolverles el dinero sobresalta al guía: "No los ofenda. Acepte, y tóquese el corazón con la mano; usted es su amigo ahora".

El asfalto se llena de cráteres durante tres kilómetros; luego de un recodo cubierto de pajonales, las pequeñas colinas de los alrededores aparecen coronadas por los monótonos sacos de arena: son las posiciones judías en el Puento Allenby.

—"Bajen y caminen despacio; no olviden que los israelíes observan todos sus movimientos", advierte un capitán de bigotes y nariz exuberantes.

El Jordán separa dos edificios, obviamente hechos pedazos; sobre el cauce de las aguas —no más de 30 metros entre los dos ejércitos— yace la estructura quebrada del puente que fue volado para contener el avance hebreo. Tras un muro de concreto, un suboficial escurridizo la orilla de enfrente; a su lado, los servidores de un pequeño cañón fuman con avidez. Es un día intranquilo, salpicado de lejanos disparos que preannuncian alguna escaramuza; y aquí el fuego es a quemarropa.



Primera Plana

Observador Thunelius: La cama baleada y el fuego que no cesa.

